



## PALABRAS Y NOMBRES QUE MUEREN EN LA SOMBRA UNA REFLEXIÓN SOBRE EL OFICIO DEL FILÓSOFO

Ernesto Guadarrama  
Universidad Nacional Autónoma de México

189

**E**n un texto, traducido por Antonio Zirión, Husserl sostiene

El llamado legítimo reza de nuevo: A las cosas mismas como espíritus libres, con un interés puramente teórico [...] A través de las palabras, de las cambiantes formulaciones del lenguaje, a través de los lemas de los partidos, a través de las configuraciones teóricas plenas de carácter nos abrimos paso hacia lo que ahí dentro era lo vivo, lo apremiante, lo buscado; hacia las intuiciones que ante todo querían llegar a ser conceptualizadas mediante tales palabras, planteamientos de cuestiones, teorías. Así le agradecemos a la historia que aquí podamos apresar "cosas" detrás de las palabras, consagrarnos a ellas mismas, teorizarlas a ellas mismas<sup>1</sup>.

Cuando comenzamos una investigación o intentamos defender una tesis, recurrimos a los nombres que conocemos de nuestra tradición, retomamos sus palabras, con la esperanza de encontrar en ellas las respuestas que estamos buscando. Más aún, las más de las veces lo que enunciarnos como "nuestro tema", como el objetivo de nuestra investigación, no son cosas o problemas sino obras de los grandes filósofos. Incluso quienes hacemos fenomenología, las más de las veces no vamos a las cosas mismas, sino que nos quedamos en los textos. Lo que pareciera la única salida a ello, es decir, ponerse a pensar y trabajar en un tema por uno mismo parece un camino más sinuoso y condenado desde el inicio al fracaso, pues el ejercicio de la filosofía requiere un riguroso entrenamiento que comienza por la lectura de la tradición, de modo tal que, sin pasar por ese proceso, es seguro que no hemos aprendido ni desarrollado las facultades de modo tal que sea racional esperar alguna evidencia. Y si entendimos alguna teoría filosófica, apropiárnosla y vivir conforme a ella puede resultar aún más complejo que

<sup>1</sup> Edmund Husserl, "La relación del fenomenólogo con la historia de la filosofía", en A. Zirión Quijano (comp.), *Actualidad de Husserl*, México, UNAM/Alianza, 1989, pp. 17-18.

su mera aprehensión. ¿Cómo, entonces, ocuparse de las cosas mismas? ¿Qué significa ser verdaderamente filósofo, vivir una vida filosófica? En lo que sigue, me gustaría exponer algunas ideas sobre lo que, me parece, debe tomarse en cuenta cuando se tiene el arrojo de adoptar el oficio de filósofo.

#### DESESPERAR DE ANTEMANO

Husserl, ante la tarea de hacer una crítica de la razón teórica, axiológica y práctica, afirmó "Sé que se trata de algo grande y magno; sé que grandes genios han fracasado en ello; y si quisiera compararme con ellos, entonces tendría que desesperar de antemano". Ante testimonios semejantes, darse a la tarea de filosofar no parece otra cosa que un atrevimiento, algo que incluso puede parecer una pretensión ridícula para quienes no somos genios, para todas las personas cuyas capacidades están lejos de parecerse a la de las grandes figuras de nuestra tradición. Seguramente ése era el sentido que filósofos como Diógenes "el perro" y los estoicos daban a sus ejercicios espirituales; me refiero a los ejercicios en los que sometían a quienes pretendían estudiar filosofía a situaciones que los dejaran en ridículo. A veces se nos olvida esa lección: dedicarse a la filosofía nos va a llevar, por más de una razón, a enfrentar el ridículo –más adelante volveré sobre ese tema. Pese a las limitaciones materiales y espirituales que pudieran presentarse, de una forma u otra, encontramos las motivaciones personales que nos trajeron al camino de la filosofía. Dedicamos desvelos y esfuerzos para aprender a leer, a desaprender prejuicios arraigados, para poder mirar las cosas y reflexionar desde nuevos ángulos. Y si nos decidimos a tomar el oficio en serio, pronto nos encontramos con que los requerimientos académicos son apenas el primer paso. Cualquiera que se tome en serio este quehacer sabe que los títulos que otorgan las universidades apenas si dicen algo sobre si somos o no filósofos.

Esa es una particularidad de este oficio. Cuando alguien es carpintero o chef, sabe qué es lo que hace, cómo hacerlo y no tiene reparos en enunciar su oficio. En filosofía, para muchos de nosotros, se siente una suerte de bochorno o incomodidad al decir sin más cuál es nuestro oficio. Eso se debe, considero, a que pesan sobre nuestros hombros los grandes nombres de la tradición. Es difícil decir a bocajarro que uno hace lo mismo que Kant o Stein; la comparación entre los aportes de los que nos antecedieron y lo que hacemos obliga a muchos colegas a trazar distinciones un tanto artificiosas, por ejemplo, a trazar una diferencia entre el filósofo y profesional de la filosofía, o profesor, o simplemente a enunciar que el programa académico que estudiamos era en esa temática. ¿Significa esto que le damos menos valor a lo que hacemos o es un simple reconocimiento del lugar que ocupamos dentro de la tradición? ¿Quién o qué determina si somos o no filósofos? ¿Cómo saberlo? Quizá sólo se trate de una confusión.

Los reparos que causa decir “soy filósofo”, pueden ser considerados un gesto de modestia o humildad –me refiero al reconocimiento de las propias limitaciones y nuestras capacidades. Tomando las palabras que Snyder enuncia en otro contexto, se necesita librar una batalla de años, entre la megalomanía y la total inseguridad, para poder un día tener el atrevimiento de decir “soy filósofo” en voz alta<sup>2</sup>. Las obras de nuestra tradición, la historia de intentos fallidos y reelaboraciones debería obligarnos a la cautela y la modestia. No obstante, constantemente nos encontramos con la soberbia, propia y de los colegas, esa que ya enunciaba José Gaos y que Zirión se ha encargado de comentar más de una vez, la del “impotente afanoso de un poder total, de un dominio completo sobre los principios o lo principal, incluyendo a Dios mismo<sup>3</sup>. ¿Por qué se llega a esa actitud? ¿Cómo se abre camino la soberbia en un oficio que en principio obliga a todo lo contrario?

Me parece que todo ello se debe, al menos en parte, a la dimensión práctica del oficio. Y me refiero a práctica en un sentido cotidiano, no como una teoría de la voluntad. Sin importar si nos decimos filósofos o recurrimos a artilugios para explicar a qué nos dedicamos, cualquiera que esté dedicado a la filosofía debe resolver la cuestión más básica: la de la supervivencia. Aquellos que nos vemos en la necesidad de trabajar para subsistir, enfrentamos la difícil tarea de encontrar los medios para ello sin restarle tiempo a la lectura, la redacción y la reflexión. El medio más común, acaso más inmediato, para resolver eso es el académico. No quiero decir con ello que el trabajo docente sea para todos una labor a la que se recurre porque no queda otra salida; para la mayoría es también un medio de estar en contacto con una comunidad, de tener que explicarse uno mismo los temas para intentar explicárselo a otros, un trabajo que verdaderamente se corresponde con el resto de las metas de la filosofía. No obstante, en ello yace una dificultad, a saber, que los recursos no son ilimitados, como tampoco lo son los espacios para laborar. Esto nos obliga a la competencia en un sentido particular, que es el del reconocimiento. El reconocimiento no necesariamente implica que se tenga al aplauso o al elogio como una meta, sino que se quiere que se reconozca que nuestros estudios e investigaciones valen, para hacernos de un espacio de trabajo en un medio hostil en el que, para obtener las condiciones óptimas para el estudio, primero tenemos que enfrentarnos a las condiciones más adversas (exceso de horas de trabajo, inseguridad social, precariedad económica)<sup>4</sup>.

<sup>2</sup> B. Snyder, *Save the Cat*, San Francisco, Michael Wiese Productions, 2005, p. 11.

<sup>3</sup> A. Zirión Quijano, “Sobre el propósito original de la filosofía en Husserl”, *Acta latinoamericana de fenomenología*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Vol. V, 2016, p. 326.

<sup>4</sup> Con esto no quiero sugerir que el gremio filosófico es el único que padece esta situación, ni que la nuestra es peor que la de la mayoría. Prácticamente los docentes de todas las disciplinas enfrentan estas adversidades, sin mencionar a toda la clase obrera, incluidos los de cuello blanco, que vive condiciones semejantes. Sólo que mi interés aquí es hablar del oficio del filósofo, que es el único que conozco y del cual me es lícito decir algo.

El agonismo académico sin duda tiene su lado positivo, pues nos empuja a un trabajo arduo. Tampoco se puede dudar de su lado negativo, aquél en el que lucir competente, verse bien ante los demás, queda por encima del trabajo filosófico mismo. La mejor prueba de ello es que existe el plagio entre los académicos. No hay mayor muestra de que la búsqueda de evidencias ha quedado enterrada por las exigencias de la vida mundana, que cuando alguien se apropia de las palabras de otro con tal de cumplir sus metas. Hay otros ejemplos: en general, se dice que a alguien le fue bien en una presentación o ponencia cuando no recibió objeciones; se dice también que alguien ganó en una discusión cuando dejó al supuesto oponente sin argumentos. Éstas, me parece, son otras muestras de que la persecución de la verdad se ha desviado, al menos por un momento. Si alguien, a través de las preguntas y críticas, no se va con un trabajo distinto, con tareas pendientes, no ha ganado nada. Gana aquel a quien el contacto con la comunidad le ha hecho ver sus errores o la forma en que puede mejorar su trabajo. El debate filosófico no es como una pelea, en la que pierde el que recibe más golpes. Por el contrario, en el debate quien gana —en el sentido de tener una ganancia, no de la victoria— es aquel a quien se le han hecho ver sus yerros, puesto que con ello estará en una mejor posición que cuando comenzó el diálogo.

Si lo ponemos en términos meramente de laborales, quedan claras las razones por la que se compite (la plaza, las horas de clase, los estipendios). Lo que no está tan claro es por qué competimos cuando competimos en filosofía, qué es lo que se busca; más aún, me parece, no queda claro si se puede hablar genuinamente de competencia cuando la meta es la verdad.

Deleuze afirma que el amigo y el amante, siempre que pretendan la misma cosa, desarrollarán un tipo de rivalidad, un elemento característico de la cultura y de la filosofía griega: “si cada ciudadano pretende algo, se topará obligatoriamente con otros rivales, de modo que hay que poder valorar la legitimidad de sus pretensiones”<sup>5</sup>. Los filósofos, como amigos y rivales, compiten por la verdad, por el descubrimiento de alguna evidencia, de eso no cabe duda, lo que tenemos que cuestionarnos es la legitimidad de la pretensión. Cuando la obra de algún filósofo alcanza alguna certeza, ésta lleva la firma de su descubridor, sin embargo, no le pertenece, ni siquiera queda circunscrita al sistema o conjunto de proposiciones de quien la alcanzó. La expresión de su descubrimiento dispuesta ahí, siempre abierta a cualesquiera interpretaciones y apropiaciones. La historia de la filosofía puede verse como una historia de las contradicciones, pero también puede verse como la historia de las apropiaciones, de pensadores que comenzaron su trabajo sobre el de alguien más. Dice Aristóteles que Platón aprendió de Sócrates la búsqueda de conceptos universales. Y el mismo Aristóteles buscó la *episteme*, sólo que en otro lugar que aquél que encontró su maestro. Así la búsqueda de Sócrates resonó hasta Aristóteles,

<sup>5</sup> G. Deleuze y F. Guattari, *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona, Anagrama, 2005, p. 15.

quien fue platónico aún en las críticas a su maestro. Me excede por mucho la tarea de trazar correctamente una línea de sucesión desde esos pensadores hasta Husserl y quienes nos dedicamos al estudio de la fenomenología, lo que me importa destacar es que aunque sepamos que la fenomenología lleva una huella platónica, el hecho de que sea Platón quien hizo posible la ciencia como filosofía rigurosa, “el fundador de la idea filosófica del verdadero saber y de la ciencia auténtica, como la idea-meta más elevada del conocimiento”<sup>6</sup>, no significa que no podamos servirnos de su descubrimiento y persistir, por ridículos que podamos vernos, en la persecución de sus metas.

Si lo que se descubre queda ahí, dispuesto para cualquiera que quiera continuar la tarea, se ve en qué sentido los filósofos somos amigos, pero sigue sin verse si somos rivales. La rivalidad, en todo caso, se puede dar por la autoría, porque alguna verdad o proposición lleve nuestra firma y no la de otro. Si es pensable la rivalidad, es sólo porque se espera ser uno mismo quien llegue a las conclusiones relevantes, pues en el caso de que nuestra mirada estuviera puesta en las certezas, en las cosas mismas, veríamos que, si en efecto se trata de algo evidente, da lo mismo quien lo haya descubierto. De cualquier forma, el *ethos* específicamente filosófico nos obliga a pasar por el tamiz de la crítica todo lo que provenga de las palabras de los otros. Si no me alegro de que un colega haya descubierto algo, por no ser yo el que se llevará el elogio, lo que me interesa es la fama o el aplauso, no el descubrimiento.

#### DISPOSICIÓN AL FRACASO

Es distinto fracasar en el intento, que estar condenado desde el principio al fracaso. Quien busque el reconocimiento y el aplauso, me parece, toma una muy mala decisión cuando se pone en el camino de la filosofía. Está condenado al fracaso por estar supeditando el filosofar mismo a otros fines, a unos que no le son propios. A cualquiera que así lo haga habría que acusarlo también de impráctico. En una época en que las cosas más inicuas y huevas se hacen virales, en la era de los *tedtalkers* y *youtubers*,<sup>7</sup> habría otros medios más efectivos para ganarse el aplauso, que meterse en el lío de estudiar filosofía y todas las complejidades que ello implica. Más que rivalidades, lo que debe imperar en el trabajo filosófico es el trabajo en equipo, como ya ha hecho Husserl el llamado en más de una ocasión.

Ahora bien, si no se trabaja por el mérito de ser reconocido como el descubridor de alguna verdad, cabe preguntarnos por qué ponemos nuestro nombre a los artículos, por qué poner nuestra firma a los trabajos más

<sup>6</sup> E. Husserl, “Método fenomenológico y filosofía fenomenológica. Conferencias de Londres 1922”, en *Textos Breves (1887-1936)*, Salamanca, Sígueme, 2019, p. 365. A. Ziriñ Quijano y A. Serrano de Haro (coord.).

<sup>7</sup> Y sí, estoy poniendo a quienes buscan el aplauso a través de la filosofía a ese nivel.

modestos. Considero que reconocer a quién pertenece cada trabajo que se expone es necesario para poder saber a quién dirigirse en caso de que se descubra algún error. Así como los descubrimientos llevan la firma de su descubridor, así también la llevan los errores. El error no es lo contrario a la verdad, sino un paso ineludible en cualquier quehacer científico. Las evidencias están dadas sobre la base de múltiples yerros y derrotas, aunque no siempre sean del todo visibles. La condición para poder hacer que el error deje de serlo es exponerlo ante la comunidad que trabaja por el mismo fin y esperar su crítica. Sin exponer nuestro trabajo de forma que pueda reconocerse quién lo hizo, nunca podríamos tomar responsabilidad por nuestros yerros, las críticas no estarían dirigidas a nadie y, con ello, perderíamos múltiples oportunidades para corregir el trabajo. Aunado a esto, es menester hacerse responsable de las palabras, ser congruentes con ellas. Los discursos que emitimos son la base sobre la que se nos puede reclamar congruencia. Sin ser congruentes, no podemos aspirar a la autenticidad a la que nos llama la fenomenología.

194

Pudiera parecer difícil conciliar el anhelo de certezas con el rechazo al reconocimiento. Lo digo en primera persona, aunque estoy seguro que es algo que se comparte con muchos de los colegas: en el trabajo diario muchas veces pasa por la cabeza la idea de alcanzar la meta, de hacer algo que se considere verdadero y ser reconocido por ello; causa agrado el elogio y por eso se torna tan peligroso. A final de cuentas, la modestia epistémica característica de la fenomenología<sup>8</sup> no anula que alcanzarla sea también una meta, que requiere incluso un ejercicio espiritual. Quizá la mejor forma de lograrlo es reparando en el hecho de que hay bastante de ridículo en la pretensión de verdad. Por ello leemos en Husserl que hay que desesperar de antemano. ¿No hay algo de ridículo en asumir una meta en la que muchos, más capaces que nosotros, han fallado? Me parece que sí, me parece que la enormidad de la empresa nos hace lucir risibles, aunque no por ello debería abandonarse. Mejor es reparar en lo ridículos que nos vemos al emprender la tarea, para que la forma en que lucimos cuando en un foro o clase se nos indica un error sea lo de menos y podamos concentrarnos en hacer de ello algo productivo. Pensándolo de esta forma podemos decir "gracias" sin problemas a quien nos critica, en lugar de sentir que se nos está privando de algo o que se nos está agrediendo. Sabiendo de antemano que algo de ridículo tiene dedicarse a la filosofía, podemos sin dificultades encarar toda derrota y todo fracaso, poder utilizarlos como fuente de autoconocimiento en lugar de evitarlos.

Cuando se tiene la intención de evitar el fracaso, nadie intenta nada (acaso ello explique por qué nos arriesgamos tan poco cuando se trata de discutir y de exponer nuestro trabajo). La meta de ser recordado a toda

<sup>8</sup> H. Jacobs, "¿Es la fenomenología una forma de vida? Husserl, reflexión fenomenológica y transformación de sí", en Medina Rendón V (comp.), *Antropología y fenomenología. Antropología filosófica y filosofía social*, México, CEMIF, 2017, p. 126.



costa es un peso sobre los hombros, que lleva en última instancia a la inmovilidad. Esto se debe a que el camino a la verdad requiere necesariamente pasar por el error y la derrota. Por ello puede ocurrir que, por mor de lucir bien frente a la comunidad, se evite todo riesgo y, con ello, alejamos aún más la posibilidad de alcanzar alguna evidencia. Me parece que, al asumir, sin temer, que seremos olvidados, al quitarnos ese peso, podemos dedicarnos a la tarea de filosofar de manera libre y arriesgada. Lo anterior no significa que el trabajo que se realiza sea por completo inútil. El hecho de ser olvidados no demerita nuestro esfuerzo ni lo hace vano, a menos de que nuestro interés sea desde el principio el reconocimiento. De no ser así, lo que hacemos contribuye de cualquier forma a la tradición. Lo que nos queda, la razón por la que siempre vale la pena trabajar, aún si abrazamos el olvido, es que servimos a una tradición, mantenemos vivo un esfuerzo que requiere de muchos años y de muchas cabezas para poder arrojar resultados. Sí, cuando estudiamos historia de la filosofía repasamos una lista enorme de mujeres y hombres a quienes se les fue la vida en el esfuerzo por alcanzar la verdad. Empero, eso no significa que sólo aquellos a quienes

tenemos la posibilidad de recordar hayan sido quienes trabajaron por mor de la filosofía. La historia de la filosofía está llena de nombres olvidados, de trabajo que cumplió la función de instruir a algunos, de mantener viva la tradición, antes de que fuera borrada de la historia; por eso sostiene Husserl que cada ciencia "está referida a una cadena abierta de generaciones de investigadores, conocidos o desconocidos, que, trabajando unos con otros y unos para otros, son como la subjetividad operante para toda la ciencia viva"<sup>9</sup>.

Por cada palabra viva  
mueren miles en la sombra<sup>10</sup>.

Muchos de los grandes filósofos y filósofas se relacionaron entre sí; de muchos sabemos sus trabajos, sus alianzas, su correspondencia. Eso no cubre todo el panorama. Husserl estudió con Brentano, ¿quién fue el que le dijo que Brentano enseñaba filosofía? ¿Quién le enseñó lo básico para que pudiera seguir sus lecciones? ¿Quién fue el que le enseñó a Husserl que existía una disciplina llamada filosofía? Pienso en las palabras de Brecht:

Cada página una victoria.  
¿Quién cocinó el banquete de la victoria?  
Cada diez años un gran hombre.  
¿Quién pagó los gastos?  
Tantas historias.  
Tantas preguntas<sup>11</sup>.

<sup>9</sup> E. Husserl, "La cuestión del origen de la geometría como problema histórico-intencional", en *Textos breves*, ed.cit., p. 685.

<sup>10</sup> A. Ziri6n, *Fragmentos del poema*, M6xico, UNAM, 1982, p. 60.

<sup>11</sup> B. Brecht, "Preguntas de un obrero que lee", *Historias de almanaque*, Madrid, Alian-

Cuando en verdad se trabaja para la filosofía, nadie trabaja en vano. Cuáles son los nombres que aparecerán en los libros de filosofía y quiénes serán sólo sangre anónima, palabras que mueren en la sombra, no lo podremos saber. De lo que sí podemos estar seguros, cada uno, es de cuáles son las motivaciones que nos trajeron al camino de la filosofía y cuáles las que nos mantienen en él. Es quizá muy arriesgado, pero pienso que a quien esté interesado en la verdad, no le representará ninguna molestia pensar que su trabajo podría servir sólo para mantener viva a la filosofía, que quizá su aportación no lleve su nombre, que sólo hará que, directa o indirectamente, sea otra persona la que pueda llegar a la certeza que la pondrá en los libros. Pienso que, si eso no nos basta, si eso no hace que valga la pena las horas de encierro en el estudio, quizá se deba replantear si se quiere filosofar o no.

El trabajo en filosofía comienza con la rigurosa exégesis de los grandes, no se limita a ella. Se tiene que pensar en sus palabras, ponerlas a prueba antes de asentir. Al respecto, Betsy Behnke sostiene que la fenomenología “tiene que ver con poner los métodos fenomenológicos en una práctica efectiva, tratarlos experiencialmente de modo tal que los términos especiales relativos al *intrumentarium* metodológico completo de Husserl no permanezcan en palabras vacías, sino que cobren vida de modo ‘cumplido y de primera mano’, inmediatamente dado en la forma apropiada a ellos —a saber, en la vivencia de ejecutar los movimientos metodológicos en cuestión en cada caso”<sup>12</sup>. En eso radica, quizá, la diferencia entre hacer filosofía y solamente enseñarla o divulgarla; lo primero requiere que se le ponga a prueba en la vida misma, lo segundo sólo una lectura atenta de las palabras. Por eso los textos son como partituras que deben hacerse resonar en uno mismo (*idem*). No me parece que lo definitorio de un filósofo sea que tenga una propuesta que lleve su firma, sino que sea capaz de pasar por la crítica las palabras de los que parecen incriticables, y poder apropiarse de aquello que considera verdadero.

Decirnos “filósofos” sólo enuncia un oficio, una elección vocacional, no el nivel de nuestro trabajo, no caigamos en la confusión. Si se siente un bochorno al decir que somos filósofos, porque de reojo miramos a todas esas obras y todos esos nombres, quizá no hemos comprendido que tener el mismo oficio que ellos no nos pone, ni de lejos, a su altura. Enunciar nuestro oficio indica qué queremos y, tal vez, la forma en que pretendemos alcanzarlo. Si lo vamos a lograr, si honramos o no a nuestro oficio cada día, eso depende de otras cosas, de las que cada persona debe hacerse responsable.

za, 1987, p. 58.

<sup>12</sup> E. A. Behnke, “Experiments in Phenomenological Practice: A Provisional Introduction” (Traducción libre). Trabajo preparado para el taller “Affectivity and Lived Body: Phenomenological Perspectives”, Organizado por Ignacio Quepons en la Universidad Veracruzana, junio de 2018, p. 2.



La deshonra para la filosofía no proviene de quienes se dedican a otras disciplinas y desde ahí la juzgan, tampoco de quienes ni siquiera se acercan a ella por hacer consideraciones prejuiciosas. Proviene de quienes nos reclamamos en esta tradición, con o sin artilugios retóricos, y luego nos comportamos de manera incongruente con las teorías y proposiciones que tanto gusta repetir y discutir. Ziri3n, cuando en M3xico se intent3 eliminar a la filosof3a de los planes de educaci3n media superior, afirm3 que ese atropello a la filosof3a no era el 3nico. Se le atropellaba cuando se daba una carta de recomendaci3n inmerecida, cuando se juzgaba el trabajo de otros por la persona, no por el trabajo mismo, o cuando se la supeditaba a otros fines. Me atrever3a a agregar que tambi3n se la deshonra cuando, por la forma en que pudieran enjuiciarnos, no la tomamos en serio, no la llevamos al 3mbito de lo vital y la encarcelamos en lo laboral.

Por todo lo anterior, considero que el oficio nos reclama aceptar el olvido, contentarnos con ser palabras que mueren en la sombra, no temer el fracaso y hacerlo productivo. Lo que debe estar al frente de toda otra preocupaci3n, es no deshonrar a la filosof3a.

Quise hacer este comentario como celebraci3n de quien ha sido el maestro de muchos de los que nos dedicamos a la fenomenolog3a en M3xico. Ya dec3a 3l que "la fenomenolog3a es un movimiento bien vivo"<sup>13</sup>. Ese movimiento, desde aquel a3o de 2007 en que escribi3 esas palabras, ha cobrado fuerza. Y el trabajo de Ziri3n no s3lo se ver3 en lo que efectivamente lleva su firma, en las traducciones, en el diccionario Husserl, en todas las cosas que a3n quedan por hacer y coordinar. Su trabajo sobre todo se ver3, sin su nombre, en quienes continuaremos en el esfuerzo por desarrollar la filosof3a como ciencia estricta, en quienes habr3n de formarse con esa escuela a la que el trabajo de Ziri3n ha dado lugar. En una comunicaci3n personal, cuya fecha por desgracia olvid3, Ziri3n escribi3 que una de las cosas de las que se congratulaba era de no tener seguidores, de que quienes se hab3an formado con 3l no segu3an sus proyectos ni depend3an directamente de 3l, sino que cada uno hab3a tomado su camino. Dice Nietzsche "¿Qu3 buscas ¿Querr3as multiplicare por diez, por cien? ¿Buscas seguidores? ¡Buscaderos!"<sup>14</sup>. La filosof3a nos invita a no ser ceros, a llevar una vida aut3ntica y plenamente justificada, lo que explica que pueda haber, como por suerte es el caso de la fenomenolog3a en M3xico, grupos de trabajo, amigos, colegas, compa3eros, estudiantes, nunca seguidores. Eso deshonrar3a el trabajo. Ojal3 que un d3a pueda realmente rendir un homenaje a las cosas que me ha ense3ado Ziri3n, no con palabras, sino encontrando un camino propio y un proyecto que, aunque muera en la sombra, contribuya con el llamado a la filosof3a como ciencia estricta.

<sup>13</sup> A. Ziri3n Quijano, "La situaci3n actual de la fenomenolog3a y sus tareas pendientes", en E. Sandoval (coord.), *Fenomenolog3a y hermen3utica. Convergencias y divergencias*, Madrid, Editorial Acad3mica Espa3ola, 2012, p. 39.

<sup>14</sup> F. Nietzsche, *El crep3sculo de los 3dolos*, Madrid, Gredos, 2015, p. 155.